

El gabinete esperaba que los electores se mostrarían dóciles como los magistrados y condenarían a los 363 individuos de la pasada mayoría parlamentaria, como la Sala 10.^a había condenado á su jefe. Políticamente, aquellos procesamientos eran una insigne torpeza del gabinete, cuya falta de inteligencia, de moralidad y de fuerza revelaban, pero no pasaban de ser un abuso de la legalidad. La circular del 23 de septiembre, por medio de la cual el duque de Broglie exigía un plazo de veinticuatro horas entre la entrega de todo cartel electoral á la autoridad competente y su fijación en sitios públicos, era manifestamente ilegal. Los Sres. Caillaux y Paris, que ordenaron á sus agentes que prestasen á los prefectos todo el concurso posible, y hasta el señor Brunet, que no guardó contemplación alguna á los rectores, ni á los inspectores de enseñanza, tuvieron su parte de responsabilidad en la resurrección de la candidatura oficial. Pero ninguno de ellos procedió con la brutalidad y el cinismo de Fourtou. Las hornadas de prefectos, subprefectos y secretarios de prefectura fueron diarias; todos los alcaldes sospechosos fueron destituidos ó suspendidos con los pretextos más fútiles, y en primer lugar los que habían firmado lo orden del día de los 363. Los municipios hostiles, ó simplemente dudosos, fueron reemplazados por comisiones municipales. El *Bulletin des Communes*, inspirado por el ministro del Interior, comparó los 363 á los comunardos y acusó á la Cámara de 1876 de haber negado trabajo á los obreros. Los alcaldes que se negaron á fijar en las tablillas de las Casas Consistoriales las páginas del *Bulletin des Communes*, fueron destituidos; pero la difusión de aquellas calumnias y de aquellos ultrajes á la representación nacional produjo tal asco entre las personas honradas, que Fourtou y Caillaux recurrieron á otro medio de publicidad: dos meses después, un *Aviso oficial á los contribuyentes* anunció que los presupuestos futuros sufrirían un aumento de mil millones, si la izquierda triunfaba en las urnas electorales.

Los comicios agrícolas, los orfeones, los casinos, las logias masónicas y una infinidad de otras sociedades fueron disueltas, y cerrados muchos cafés y tabernas. La ley de 1875 había suprimido la penalidad administrativa de prohibición de venta en la vía pública, y se barrenó la ley, retirando la autorización de venta á todos los que hacían figurar en sus listas periódicos que no fuesen gratos á la autoridad. Si los vendedores declaraban querer dedicarse al comercio de libros, se les procesaba por apertura de «librería ficticia.» En presencia de tan irritantes abusos de autoridad y de tan escandalosos atentados contra la legalidad, el comité de juriscultos de la izquierda invitó á los ciudadanos á citar ante los Tribunales á comisarios de policía, subprefectos, prefectos y ministros. Pero los pobres diablitos á quienes se quitaba el medio de ganarse la vida, llenos de esa desconfianza instintiva que la magistratura inspira á los humildes, aunque sean inocentes, ¿podían aventurarse en un conflicto con los poderosos personajes á quienes sostenían todas las fuerzas del Estado? Fueron raros los tribunales que dieron la razón á los demandantes que habían seguido el consejo del comité de las izquierdas.

La prensa republicana no era la única que excitaba las preocupaciones de los ministros del 16 de mayo.

No había cuestión sobre la cual los coligados no anduviesen divididos, y la división se acentuó contra bonapartistas, legitimistas y orleanistas cuando se trató de imponer una especie de profesión de fe común á los candidatos oficiales, que no hubieran tenido más que refrendar el manifiesto del mariscal. Las mismas divergencias surgieron á propósito del aplazamiento de todas las esperanzas monárquicas para 1880. El reparto de candidaturas oficiales provocó violentas discusiones entre periódicos realistas y bonapartistas. Hasta en el seno del partido bonapartista reinaba la discordia. Rouher y Casagnac eran hermanos enemigos, y sus periódicos, *L'Ordre* y *Le Pays*, se hacían una guerra encarnizada. El primero quería que los imperialistas enarbolasen francamente su bandera, y el segundo sostenía que debían seguir ciegamente á Fourtou y al mariscal, sin perjuicio de recobrar su independencia después de la victoria. El *Figaro*, que acostumbraba publicar artículos de sensación, dirigía llamamientos á la fuerza, firmados con el seudónimo de un teniente de la reserva, de quien se decía que recibía inspiraciones del general Ducrot. El ministro de la Guerra impuso al teniente Bucherón treinta días de arresto y *El Oficial* publicó una nota afirmando el espíritu de deber y de disciplina del general Ducrot.

Aquel espíritu de deber, de disciplina y sobre todo de unión de que carecían los coligados, inspiraba la conducta de los republicanos. Desde el primer día, éstos habían recomendado á los electores que opusieran una calma absoluta á las provocaciones del gobierno; su palabra fué escuchada y los ciudadanos se mantuvieron en la legalidad con una invencible obstinación. Del uno al otro confín de Francia, los 363 fueron los jefes reconocidos de la resistencia á las empresas de la reacción; todos los diputados, sin distinción de grupos, dirigieron la cruzada contra el poder personal, y se mostraron siempre, á los ojos de las poblaciones, llenos de confianza en el éxito final y en el triunfo de la justicia.

El 3 de septiembre, la noticia de la muerte de Thiers sumió en el estupor y en la ansiedad á los republicanos. Le habían visto tan lleno de vigor y de salud, el 16 de junio, día de la ovación, que habían olvidado su edad y esperado que aún viviría mucho tiempo. El libertador se disponía á combatir una vez más en buena lid y tenía cita con Gambetta, para comunicarle su profesión de fe á los electores del IX.^o distrito de París, el día en que falleció de una congestión cerebral. A la noticia de esta desgracia, la alegría de los monárquicos igualó al estupor de los republicanos; los orleanistas la disimularon, pero los legitimistas la tradujeron en fríos insultos y los bonapartistas en insultos furiosos. El gobierno quiso costear su entierro. La viuda de Thiers, aconsejada por los albaceas de su marido, Sres. Saint-Hilaire, Calmón, Mignet y Julio Favre, rehusó noblemente la oferta. Fué el pueblo, el pueblo solo, el que hizo á Thiers, el 8 de septiembre, uno de los entierros más grandiosos é imponentes que ha presenciado París. Julio Grevy, Pothuau, Sacy, Vuitry y Julio Simón saludaron dignamente su féretro; pero el verdadero homenaje le fué rendido por el millón de parisienses, preocupados por el porvenir, que siguieron silenciosamente su cadáver hasta el cementerio del Padre Lachaise. El recogimiento del cortejo y el de la muchedumbre

que se agolpaba respetuosamente á su paso, causaron profunda impresión. Al día siguiente, uno de los diarios coalicionistas, *L'Assemblée nationale*, protestó contra lo que llamaba un motín mudo y una insurrección silenciosa.

Quince días después de aquella singular insurrección, abrióse el período electoral y, el 27 de septiembre, se publicó la profesión de fe de Thiers, revisada por Mignet. Este documento, verdadero testamento político, era demasiado extenso para ejercer una grande influencia sobre los electores á quienes sólo impresionan las frases enérgicas y mordaces. El ejemplo de Thiers, antiguo monárquico convertido á la República, la corrección de su actitud presidencial y su estrecha alianza con las izquierdas y con Gambetta contribuyeron más que su último manifiesto á la victoria de los 363.

Abierto el período electoral, un gobierno azorado y 490 candidatos oficiales se hallaban en presencia de un número algo superior de candidatos republicanos y de una nación enigmática, como siempre, en vísperas de una gran consulta electoral. Los carteles blancos de los candidatos oficiales cubrieron inmediatamente las esquinas de la mayor parte de las circunscripciones en que el gobierno sostenía la lucha. Sólo los ex diputados de la derecha que no tenían competidor de la izquierda, ó que estaban seguros de su reelección, renunciaron al patronato administrativo y afrontaron la lucha sin el apoyo aparente de los prefectos ó subprefectos, pero con la ayuda muy eficaz del clero y de todos los que dependían del gobierno. En un manifiesto de 19 de septiembre y en un tono de mando llevado hasta el rigor soldadesco, el mariscal había dicho á los electores: «Mi gobierno os designará los candidatos que podrán servirse de la autoridad de mi nombre.» Entrando así personalmente en la lucha, se condenaba á una humillante sumisión si los candidatos «que podían servirse de la autoridad de su nombre» no resultaban elegidos. Aquella falta, severamente juzgada por la prensa extranjera, se renovó el 12 de octubre, en un segundo manifiesto, publicado en vísperas de las elecciones y en que el mariscal decía, después de una serie de afirmaciones inexactas: «La lucha está entre el orden y el desorden... Votaréis por los candidatos que yo recomiendo.»

Las reuniones electorales fueron tranquilas, á pesar de la vivacidad de la lucha empeñada. Los colegios continentales de Francia debían elegir 531 diputados, y el gobierno presentaba 490 candidatos oficiales, de los cuales, 240 eran bonapartistas, 125 monárquicos incoloros, 98 legitimistas y 27 orleanistas. Las izquierdas habían acordado en principio que los 363 serían apoyados en todas las circunscripciones en que se presentasen, y allí donde renunciaran á la lucha, se presentara otra candidatura única. En las circunscripciones representadas en la antigua asamblea por diputados de la derecha, las izquierdas habían admitido el principio de las candidaturas múltiples, pero con la condición de que, en la segunda votación exigida por el empate, todos los candidatos republicanos desistirían de la lucha á favor del que, entre ellos, hubiese obtenido mayor número de votos.

La designación de Julio Grevy para reemplazar á Thiers en el IX.^o distrito de París, que era una desig-

nación eventual á la presidencia de la República, había sido aplaudida en Francia y en el extranjero. La adhesión de monárquicos tan antiguos é ilustrados como John Lemoine, Cuvillier-Fleury y Montalived, fieles á la República conservadora, después de la desaparición de Thiers, había parecido de buen augurio.

Aquel augurio no era falaz. El 14 de octubre fueron elegidos 516 diputados, de los cuales 317 eran republicanos y 199 monárquicos. Faltaba resolver quince empates, que quedaron reducidos á doce, porque tres republicanos, válidamente elegidos, aunque no proclamados, no quisieron someterse á una nueva prueba y vieron más tarde su elección aprobada por la Cámara. En el escrutinio complementario del 28 de octubre, los monárquicos sacaron ocho de sus candidatos y los republicanos cuatro; de modo que la Cámara de 1877 contó, sin la representación colonial, 323 republicanos contra 208 monárquicos. En la noche del 14 al 15 de octubre, á medida que se iban recibiendo las noticias electorales en el ministerio del Interior, Fourtou se agitada febril, prorrumpiendo en quejas y reproches contra sus agentes, mientras que el duque de Broglie anotaba con mucha calma los resultados. Cuando el fracaso fué indudable, Fourtou dijo á las personas que le rodeaban: «Se acabó, no me queda más que retirarme; voy á enviar mi dimisión al mariscal y esta noche saldré de París. Necesito descansar.—¡Cómo!, exclamó el duque de Broglie: si mal no he oído, habláis de retiraros. ¡Retiraros, vos, en este momento! Imposible, absolutamente imposible... Aceptamos una tarea en la cual hemos sucumbido, pero ni á vos ni á mí nos es lícito esquivar las responsabilidades. No ignoro que la misión es penosa y dura, pero debéis llenarla hasta el fin. El gabinete entero debe presentarse ante la Cámara y soportar el ataque...»

No podía tratarse de división ante los escrutinios de empate. Conocidos todos los resultados electorales, volvieron á circular rumores sobre la retirada del gabinete: la *Agencia Havas* los desmintió y los desmintió aun más perentoriamente el gabinete con sus actos, pues prodigó ascensos y condecoraciones á sus agentes más comprometidos y multiplicó las destituciones de los alcaldes y jueces de paz que se habían mostrado rebeldes á la práctica de la candidatura oficial y al empleo de los medios ilegales. El país, tan paciente después como antes de la victoria, contestó á aquellas nuevas provocaciones haciendo sufrir al gobierno y á sus coligados una nueva derrota. La renovación de los Consejos generales, causa principal, tal vez, del golpe de Estado de 16 de mayo, se había fijado para el 4 de noviembre. Votóse en 1.346 cantones. Los republicanos ganaron cien puestos y la mayoría pasó de derecha á izquierda en cuatro departamentos. Después de esta nueva y definitiva condenación por el sufragio universal, el gabinete Broglie-Fourtou presentó su dimisión; pero el mariscal, que vacilaba entre una nueva disolución ó una retirada, no la quiso aceptar. En esto se reunieron las dos Cámaras, después de una separación de cinco meses llenos de incidentes subalternos y de la lucha de una nación, fiada en su fuerza, contra un hombre engañado, lucha que ya se había reproducido una vez más en la historia política de Francia y que había terminado bajo el poder de Mac-Mahón, como bajo el po-

der de Carlos X, con la derrota del poder personal.

La Cámara consagró sus primeras sesiones á la validación de las actas. Proclamados la mitad más uno de los diputados, la asamblea procedió á la elección de su mesa. Para significar bien que la Cámara de 1877 era la continuación de la Cámara de 1876, la asamblea eligió á todos los individuos de su antigua mesa, incluso el Sr. Dufort de Civrac, vicepresidente de la derecha, que no había sido candidato oficial declarado. La misma consideración la impidió emitir un voto de censura y desconfianza contra el gabinete Broglie-Fourtou: este gabinete, herido de muerte por el voto de 12 de junio anterior, no existía ya para la Cámara.

En el comité directivo de la izquierda, llamado comité de los Diez y ocho, se había acordado que el primer acto político de la Cámara sería el nombramiento de una comisión informadora, encargada de averiguar los actos que, desde el 13 de mayo, habían tenido por objeto una presión ilegal sobre los electores. El 10 de noviembre, el Sr. Grevy (Alberto), considerando que los actos cometidos implicaban la responsabilidad de sus autores y que importaba asegurar su represión y evitar su reproducción; considerando también que los autores de aquellos actos no hacían caso del veredicto popular y se ponían en estado de rebelión contra la soberanía nacional, propuso que se nombrase por las secciones una comisión informadora de treinta y seis miembros. Aunque los Diez y ocho, más correctos que los ministros del 16 de mayo, hubiesen cuidado de dejar al mariscal fuera del debate, Mac-Mahón se consideró aludido é hizo saber, por conducto de la *Agencia Havas*, que, en presencia de las acusaciones violentas de que habían sido objeto los ministros en la Cámara y que se aplicaban á todo el gobierno, les rogaba que permaneciesen en su puesto. La discusión sobre la proposición de Alberto Grevy se entabló, pues, en presencia de los ministros y dos de ellos intervinieron en los debates, que llevaron tres largas sesiones, desde el 13 hasta el 15 de noviembre. Los bonapartistas tomaron parte en la discusión, como de costumbre, con interrupciones furiosas. Después de enérgicos discursos en contra, pronunciados por los Sres. Baragnon, Fourtou y Broglie, y otros en pro, por los Sres. León Renault, Casimir-Périer, Julio Ferry y Gambetta, la proposición de Alberto Grevy fué adoptada por 312 votos contra 205.

Antes de ser derrotado por la Cámara, el gabinete había tratado de hacerse absolver por el Senado, al mismo tiempo que el mariscal; pero había tropezado á la vez con la oposición formal de algunos constitucionales perspicaces y con la negativa terminante del duque de Audiffret. El presidente del Senado no podía consentir en que se confundiera en una interpelación inconstitucional al gabinete responsable y al presidente de la República, irresponsable.

Dos días después del voto de la Cámara, el Sr. de Kerdrel presentó una demanda de interpelación á los ministros dimitentes, sobre las medidas que contaban tomar, respecto á la información dispuesta por la Cámara de diputados. La discusión fué señalada para el 19 de noviembre. La cuestión previa, que Arago había planteado, apoyándose en que el Senado nada tenía que ver con un proyecto de resolución votado por la Cámara, fué desechada por 154 votos contra 130. La orden

del día pura y simple, propuesta por Dufaure, lo fué por 152 votos contra 133, después de los discursos de Kerdrel, Dufaure y Laboulaye. Finalmente, una orden del día, no de aprobación, sino de simple atestación, diciendo que el Senado no dejaría atentar contra las prerrogativas pertenecientes á cada uno de los poderes públicos, fué á duras penas adoptada por 142 votos contra 138. Al salir de la sesión en que había obtenido tan modesta victoria, el gabinete Broglie-Fourtou presentó definitivamente su dimisión al mariscal. El *Diario Oficial* de 20 de noviembre anunció que la dimisión había sido aceptada. El ministerio de disolución había durado seis meses. Y después de la formación del ministerio Rochebouet, se adivina que el gabinete Broglie-Fourtou se oculta detrás de aquellos comparas, como se escudó con la espada del mariscal. Francia entera lo hizo responsable del estado de inquietud irritante y angustiosa, en que la mantuvo durante dos meses, de la paralización del comercio, de los quebrantos de la industria, de la extenuación del trabajo, de la destrucción de la seguridad, de los proyectos de dictadura, de los golpes de fuerza aconsejados por los singulares aliados del ministerio.

Los votos de la Cámara influían tan poco en las resoluciones de Mac-Mahón, que el 23 de noviembre se publicaron nueve decretos constituyendo un nuevo gabinete, sin que ninguno de los individuos que lo formaba perteneciese al parlamento. La cartera de la Guerra y la presidencia del Consejo fueron confiadas al general de división Grimaudet de Rochebouet; la de Gracia y Justicia al Sr. Lepelletier, consejero de Tribunal de casación; la de Negocios extranjeros al Sr. Banneville, ex embajador; la del Interior al Sr. Welche, prefecto del Norte y candidato oficial en el Meurthe; la de Hacienda al Sr. Dutilleul, ex diputado; la de Instrucción pública, Cultos y Bellas Artes al Sr. Faye, académico; la de Obras públicas, al Sr. Graeff, inspector general de puentes y calzadas, y la de Agricultura y Comercio al Sr. Ozenne, consejero de Estado, secretario general de este ministerio. Ninguno de estos ministros era conocido, fuera de su especialidad, á excepción de Faye, el astrónomo de reputación europea, que tuvo la mala inspiración de aceptar un puesto en semejante gabinete. La formación del nuevo ministerio atestiguaba la incapacidad con que el presidente de la República dirigía los negocios del Estado. El gabinete Rochebouet á nada respondía ni significaba nada. No era un ministerio de combate, ni un ministerio de sumisión á la voluntad nacional; era un ministerio de espera, ó mejor dicho, de resignación impotente y de cansancio.

El 24 de noviembre, el mismo día en que el *Diario Oficial* publicó los nombramientos de los ministros, el nuevo guardasellos leyó en la Cámara una declaración en que el gabinete se presentaba humildísimo para desarmar á la mayoría. Los nuevos ministros eran ajenos á los últimos conflictos, independientes de todos los partidos y deseaban permanecer fuera de las luchas políticas. Prometían no dejar atentar contra las instituciones, y respetar religiosamente y hacer respetar la Constitución republicana, sin más preocupación que la de asegurar á Francia el orden y la paz. El mariscal y sus nuevos consejeros hacían caso omiso de los acontecimientos de los últimos seis meses, como si no hubieran

sucedido; los borraban de la historia. El gobierno quería olvidar los golpes dados por él, y esperaba que los 320 diputados de la izquierda tendrían bastante patriotismo y cristiana resignación para no acordarse de los que habían recibido. La izquierda no tuvo resignación, é inmediatamente después de la lectura de la declaración ministerial, el Sr. Marcere presentó esta concisa demanda de interpelación: «Propongo interpelar al gabinete sobre su formación.» El Sr. Welche, ministro del Interior, quisiera una demanda de interpelación, más precisa, ó al menos el aplazamiento para algunos días después. 320 diputados se pronunciaron por la discusión inmediata. Todo el discurso del Sr. de Marcere se resume en la conclusión: «Podéis prestar un gran servicio á este país, dice á los ministros... Poseéis la confianza del señor presidente de la República; pues bien, decidle la verdad, porque no la conoce, porque la verdad no penetra hasta él... Os ha llamado á sus consejos. Pues bien, señores ministros, haced desviar de este país los males cuyo nombre no quiero pronunciar.»

Después del Sr. de Marcere, Carlos Floquet increpó con más energía al ministerio: «No sois la obediencia á la soberanía de la nación, dijo á los miembros del Consejo; sois el poder personal... No contéis con nuestra confianza interina, ni con nuestro concurso, en ningún momento... Ni podréis engañarnos, ni engañar al país.» Cada una de estas declaraciones terminantes era acogida con los aplausos y aclamaciones prolongadas de las tres izquierdas. La humildísima defensa presentada por Welche y que la derecha acogió sin entusiasmo no podía quitar un solo voto á la oposición: la orden del día pura y simple, presentada por Baragnón, como último recurso, fué desechada por 315 votos contra 204 y los mismos 315 votos aprobaron la orden del día motivada que el Sr. de Marcere había propuesto. «La Cámara, decía esta orden del día, considerando que por su composición y sus orígenes el ministerio del 23 de noviembre es la negación de los derechos de la nación y de los derechos parlamentarios, que por tanto no puede menos de agravar la crisis que desde el 16 de mayo pesa tan cruelmente sobre los negocios, declara que no puede entrar en relaciones con el ministerio y pasa á la orden del día.»

El ministerio Rochebouet, derribado el mismo día de su nombramiento, vivió aun tres semanas, si aquello era vivir. Sus miembros hacían furtivas apariciones en la Cámara y persistían en pedir que se votase la ley de hacienda. El 4 de septiembre, Gambetta, presidente de la comisión de presupuestos, les quitó la última ilusión sin hablarles directamente, sino respondiendo á Rouher: «Los presupuestos generales, ya los hemos preparado. Nosotros estamos listos. Pero no entregaremos nuestro oro, nuestras cargas, nuestros sacrificios, el producto de nuestra abnegación, sino cuando se hayan inclinado ante la voluntad expresada el 14 de octubre, de saber si, en Francia, es la nación la que gobierna ó un hombre el que manda.»

Mientras las izquierdas, más estrechamente unidas que nunca, daban el espectáculo de aquella firme actitud, y el Senado, indeciso, se hallaba á merced del más fluctuante de sus grupos, y el país, unas veces lleno de angustia y otras veces lleno de pesar, prestaba atento oído á los menores ruidos que llegaban de la presiden-

cia, el mariscal, imagen viva de todas las perplejidades, vacilaba también entre la sumisión á la voluntad nacional y la formación de un nuevo ministerio de disolución. En cuanto á los proyectos de golpes de Estado, puede que pasase por las mientes de los consejeros secretos del duque de Magenta, y quizá fueron considerados como una eventualidad probable por sus consejeros oficiales del ministerio Rochebouet; pero se puede afirmar que el mariscal, entregado á sus inspiraciones personales, desechó siempre tales proyectos con horror. Aquellos rumores de golpes de fuerza circularon á fines de noviembre, y los presidentes de las Cámaras, Sres. Audiffret-Pasquier y Julio Grevy, tuvieron una entrevista con el prefecto de policía, Felix Voisin, ocupándose de las medidas que convenía tomar en caso de que la seguridad del parlamento se viese amenazada. Con toda lealtad, el prefecto de policía dió cuenta de esta entrevista al jefe del Estado, quien, después de llamar á ambos presidentes, les declaró, con las muestras más evidentes de sinceridad, que sus proyectos de resistencia no fueron nunca más allá de una segunda disolución. Audiffret y Grevy aconsejaron al presidente de la República que se inclinase ante la voluntad de la nación, que siguiese las reglas parlamentarias y que formase un ministerio con hombres de la mayoría. Tales consejos quizá hubieran sido escuchados si el genio malo y anónimo que combatía siempre las inspiraciones de prudencia en el espíritu fluctuante del mariscal, no se hubiese manifestado una vez más en forma de una nota enviada á la *Agencia Havas*. Las comunicaciones á esta Agencia, en tiempos de crisis, no son imputables á nadie y no es posible remontar al origen de la que afirmaba que Grevy y las izquierdas habían exigido del mariscal que hiciese uso de su derecho de revisión y reuniese el Congreso, á fin de reformar el artículo de la Constitución relativo al derecho de disolución. Habiendo afirmado las derechas y Grevy que no habían exigido nada semejante, la tendencia al acuerdo prevaleció de nuevo. El Sr. Batbie, llamado á la presidencia, aconsejó al mariscal que apelase á Dufaure, y el 7 de diciembre, Dufaure recibió el encargo de formar gabinete. No es de suponer que, en tales circunstancias, Dufaure aceptase un mandato limitado. Sin duda se le dió carta blanca. De la breve conversación que tuvo con el mariscal, conversación que no podía ser larga, por razones de alta conveniencia, entre el Senado victorioso y el presidente vencido, Dufaure debió llevar la convicción de que tenía plenos poderes para formar un gabinete de nueva planta, del cual serían excluidos los ministros del 16 de mayo. Habiendo comprendido así sus deberes, sometió al mariscal una lista completa. Mac-Mahón aceptó á ojos cerrados todos los nombres, exceptuando los de los ministros de la Guerra, de la Marina y de Negocios extranjeros, pues creía deber reservarse el reparto de estas carteras y dejarlas sin duda en manos de los que las habían obtenido el 16 de mayo. Dufaure, con quien las discusiones no se prolongaban nunca, entregó sus poderes y el mariscal apeló á la amistad de Batbie. De la política de sumisión, volvía á la política de resistencia y llamaba al político cuyo nombre evocaba el recuerdo del gobierno de combate. Batbie prometió su concurso al mariscal y, durante cinco ó seis días, hizo esfuerzos desesperados para llenar su

misión. Tratábase de constituir un gabinete que no hiciera caso de la negativa de la Cámara á votar los presupuestos y gobernase ilegalmente, sin tener en cuenta el poder público emanado del sufragio universal, que era, de los tres poderes, el único al que la Constitución aseguraba la iniciativa de los presupuestos. No todos los hombres del partido á que pertenecía Batbie creían en la posibilidad de aquella política temeraria. Buffet y el duque de Broglie la aconsejaban; Bocher y Lambert-Sainte-Croix la reprobaban enérgicamente.

Durante este último período de la crisis, los rumores de golpe de Estado tomaron nueva consistencia; pero el público no tuvo hasta más tarde conocimiento de los despachos cambiados entre el ministro de la Guerra y el general Ducrot, comandante del 8.º cuerpo de ejército, y del incidente del mayor Labordere, que Brissón, en su dictamen sobre la información parlamentaria, hace pasar en 13 de diciembre. El mayor Labordere pertenecía al 14.º regimiento de infantería, de guarnición en Limoges, al mando del coronel Billot. Una noche oficiales y soldados, en traje de campaña, estaban dispuestos á marchar. «Mi coronel, dijo Labordere, un golpe de Estado es un crimen, yo no me haré cómplice de él.—No tenéis que discutir, contestó el coronel, vuestro deber está en obedecer á pesar de todo.» En el momento en que ocurría esta escena, en un cuartel de Limoges, todo había concluido en París. Batbie había encontrado colaboradores para todas las carteras, exceptuando las de Hacienda. Pouyer-Quertier, á quien se ofreció esta cartera, negóse enérgicamente á presidir á una recaudación ilegal de las contribuciones y aconsejó que se reanudasen las negociaciones con Dufaure. Puesto al corriente del fracaso de Batbie, el mariscal quiso presentar su dimisión. Sus incorregibles consejeros secretos lograron, á fuerza de súplicas, que permaneciese en su puesto. El mariscal cometió la falta de creerlos una vez más. Persuadido de que su abdicación pondría á Francia en el mayor de todos los peligros, capituló: autorizados por él, el presidente del Senado y el prefecto del Sena, Fernando Duval, se avisaron con Dufaure. El vencedor se mostró clemente y consintió en reanudar las negociaciones.

Así terminó aquella larga crisis, que trastornó profundamente á toda Francia y estuvo á punto de echar por tierra la Constitución de 1875. La institución de la Presidencia y la del Senado salieron de allí algo quebrantadas y muchas dificultades ulteriores tuvieron por causas el uso hecho por Mac-Mahón de un derecho constitucional y la aprobación del Senado de 1877. El derecho mismo de disolución, derecho democrático por excelencia, pues, al fin y al cabo, no es más que una apelación al pueblo soberano, resultó impopular y hubo presidente de la República que prefirió dimitir á hacer uso de ella.

VIII

El gabinete del 13 de diciembre de 1877 comprendía, además de Dufaure en la presidencia del Consejo y en el ministerio de Gracia y Justicia, los Sres. Waddington en Negocios extranjeros, Marcere en el Interior, León Say en Hacienda, el general Borel en Guerra, el vicealmirante Pothuau en Marina y Colonias,

Bardoux en Instrucción pública, Cultos y Bellas Artes, Freycinet en Obras públicas y Teisserenc de Bort en Agricultura y Comercio. Lo que caracterizaba el nuevo ministerio era más bien la ausencia de los tres ministros especiales (los de Guerra, Marina y Negocios extranjeros) cuyo nombramiento se había reservado hasta entonces el mariscal, que la presencia de diputados y senadores del centro izquierdo y de la izquierda en el gabinete. La salida del general Berthaut, con quien la izquierda no se había mostrado hostil, era particularmente significativa, y no lo era menos el nombramiento del general Borel. De los generales llamados á declarar ante la comisión informadora, el general Borel, ex jefe de Estado mayor de Aurelle y de Bourbaki, fué casi el único que hizo una declaración imparcial. El nombramiento de Freycinet para Obras públicas era otro homenaje rendido á la Defensa nacional. Waddington, el nuevo ministro de Negocios extranjeros, no era de la carrera diplomática; pero era hombre recto, erudito y liberal, tan firme como moderado. Bardoux no aportaba tampoco una competencia especial á la Instrucción pública y Bellas Artes, pero sí las luces de una inteligencia muy cultivada, un gusto literario y artístico muy depurado y un don de gentes que había de facilitar singularmente su empresa en la dirección de Cultos. Los demás ministros habían desempeñado sus funciones en los dos gabinetes anteriores al del 16 de mayo, durante la presidencia del mariscal, ó en el primer ministerio Dufaure, durante la presidencia de Thiers.

El tercer ministerio Dufaure, primero y único gabinete verdaderamente parlamentario que tuvo Mac-Mahón, contaba, pues, entre sus miembros, especialistas eminentes en su ramo, celebridades de la tribuna, hombres de buen temple, formados en las luchas de los últimos siete años y republicanos sinceros. El único ministro que no pertenecía á la izquierda del Senado ó de la Cámara era de una lealtad que nadie podía poner en duda. El general Borel sentía gran respeto por la Constitución republicana.

¿Cómo se explica que este ministerio, tan bien dirigido, compuesto de hombres tan nobles y que duró cerca de catorce meses, llevase una existencia un poco lánguida? Porque el tiempo de las grandes luchas había pasado. Conquistadas las posiciones, pudieron conservarse sin los grandes torneos oratorios de la época anterior. Por otra parte, en el gabinete Dufaure, sostenido lealmente por la izquierda republicana y por la izquierda llamada radical, aunque su programa era absolutamente el mismo de la izquierda republicana, no figuraban los jefes, ni los grandes oradores de estos grupos. Los que habían conducido la democracia á la victoria se habían eclipsado con tanta modestia como buen sentido político, ante los miembros del centro izquierdo. De aquí cierta reserva en las relaciones de la mayoría con el gabinete, y cierta sorpresa en el público.

El mensaje presidencial, leído en la Cámara por el Sr. de Marcere y en el Senado por Dufaure, el 14 de diciembre, estaba concebido en estos términos:

«Las elecciones del 14 de octubre afirmaron una vez más la confianza del país en las instituciones republicanas. Para obedecer á las reglas parlamentarias, formé un gabinete con elementos de ambas Cámaras, com-

puesto de hombres resueltos á defender y mantener estas instituciones practicando sinceramente las leyes constitucionales.

»El interés del país exige que la crisis que atravesamos termine, y exige, con no menos fuerza, que no se renueve.

»El ejercicio del derecho de disolución es á modo de una consulta suprema, cerca de un juez sin apelación, y no puede erigirse en sistema de gobierno. Crefi deber usar de este derecho, me conformo con la contestación del país.

»La Constitución de 1875 fundó una República parlamentaria, estableciendo su irresponsabilidad, mientras que instituyó la responsabilidad solidaria é individual de los ministros. Así se hallan determinados nuestros derechos respectivos; la independencia de los ministros es la condición de su responsabilidad.

»Estos principios, que emanan de la Constitución, son los de mi gobierno. La terminación de esta crisis será el punto de partida de una nueva era de prosperidad. Todos los poderes públicos concurrirán á favorecer su desarrollo. El acuerdo establecido entre el Senado y la Cámara de diputados, ya segura de llegar con regularidad al término de su mandato, permitirá terminar los grandes trabajos legislativos que el interés público reclama.

»La Exposición Universal va á abrirse; el comercio y la industria van á adquirir nuevo impulso, y ofrecemos al mundo una prueba de la vitalidad de nuestro país, que siempre se regeneró por el trabajo, por el ahorro y por su profundo apego á las ideas de conservación, de orden y de libertad.»

Inútil es decir que las izquierdas recibieron con aclamaciones este mensaje que afirmaba su victoria, pero que la afirmaba con decoro y dignidad.

Los bonapartistas, que querían poner fin á la crisis «con una escuadra de cazadores,» acusaron al mariscal de haberlos abandonado y se valieron de la ocasión para prodigarle toda clase de insultos. Pero esto se comprende, dado el modo de ser y la situación especial del partido imperialista; lo que no se comprende es que los periódicos del centro derecho hablasen de «la escena de humillación más grande que habían visto.» No había humillación en inclinarse ante «el fallo del juez sin apelación.» Fuera del golpe de Estado, que dichos periódicos no querían, no había más solución que un ministerio de la izquierda, y hubieran debido reconocer que Dufaure había hecho hablar al mariscal, sin menoscabo de su dignidad ni de su honor, un lenguaje sinceramente constitucional.

La Cámara, que no había querido votar los presupuestos mientras no se hallase en presencia de un gabinete parlamentario, concedió inmediatamente al ministerio Dufaure 529,500,000 francos, que representaban dos dozavos provisionales, cuyo reparto debía hacerse por decretos entre los diferentes ministerios. Por su parte, el gabinete presentó un proyecto de amnistía por todos los crímenes, delitos y contravenciones políticos cometidos desde el 16 de mayo hasta el 14 de diciembre de 1877. El proyecto de amnistía no pasó al Senado hasta más tarde. El crédito de 529 millones y medio fué concedido sin dificultad por la alta asamblea, y las dos Cámaras suspendieron sus sesiones hasta el 8

de enero de 1878, después de aquella corta y dramática legislatura.

Para afirmar bien el carácter de su política reparadora, el ministro de Gracia y Justicia hizo suspender todas las causas incoadas contra la prensa antes del 14 de diciembre y la ejecución de todas las penas, y condonar todas las multas; el ministro de Instrucción pública repuso á todos los maestros que Brunet había destituido por motivos electorales, y el ministro del Interior dejó reaparecer en la vía pública todos los periódicos que de ella habían sido excluidos. El personal administrativo fué rápidamente renovado. A excepción de cuatro prefectos constitucionales que fueron mantenidos en sus puestos, todos los funcionarios que habían prestado su concurso al gobierno del 16 de mayo fueron reemplazados. Otros nombramientos en diferentes ramos dieron una satisfacción legítima á los vencedores del 4 de octubre y á la Constitución. El señor Cochery, subsecretario de Hacienda, fué puesto al frente del doble servicio de Correos y Telégrafos; Alberto Gigot reemplazó á Félix Voisin en la prefectura de policía, y Saint-Vallier fué enviado á substituir á Gontaut-Birón en la embajada de Berlín.

Para cubrir la vacante de diputado producida por Grevy al optar por la representación del Jura, el 16 de diciembre, la inmensa mayoría del cuerpo electoral del IX.º distrito de París dió sus votos á Emilio de Girardin, que había contribuido, casi tanto como el mismo Gambetta, con su brillante campaña en el *Petit Journal* y en *La France*, á la derrota de la coalición monárquica. En provincias, el corto período de sesiones de los Consejos generales, abierto el 21 de diciembre y destinado al reparto de las contribuciones directas, dió lugar á un nuevo triunfo para la República constitucional: la elección de presidentes recayó en 50 republicanos de este matiz contra 40 monárquicos.

Aquel año tan agitado acabó, pues, del modo más feliz. Francia, tranquila respecto á sus instituciones, iba á prepararse para la gran manifestación industrial y pacífica de 1878. Durante el año siguiente, en que los países orientales se reponían difícilmente de los trastornos y de la guerra de 1877; en que el Occidente veía desaparecer, uno tras otro, los grandes actores de los últimos acontecimientos, Víctor Manuel y Pio IX en Italia, y lord John Russell en Inglaterra; en que la sociedad, los soberanos y los hombres de Estado se veían amenazados por criminales atentados en Rusia, Alemania, España é Italia, Francia, apenas curada de sus profundas heridas de 1870 y 1871, iba á invitar al universo, en medio de una calma política absoluta, al espectáculo de su renaciente vitalidad.

La Cámara examinó actas graves durante las tres legislaturas de 1878, pronunciando 80 invalidaciones, y después de las elecciones parciales á que las invalidaciones dieron lugar, la mayoría republicana contó exactamente los 400 miembros predichos por Gambetta. Las invalidaciones más sonadas fueron las de Fourtoul, Reille, Cassagnac, Baragnón, Mun y Decazes.

Mientras tanto el Senado, como para contrabalancear la influencia de los republicanos que las elecciones municipales ó políticas les presagiaban para 1879, reforzaba á cada escrutinio su mayoría de la derecha. La alianza subsistía para la elección por turno, como in-